

## *España*

### **Un Manifiesto pensando también en España**

Francisco J. Lobera Serrano

Vistos desde Francia, durante siglos, los Pirineos aparecían ante los ojos del viajero como una altísima muralla insuperable; al otro lado estaba lo bárbaro, lo exótico, lo árabe, lo africano. Vistos desde la vertiente española, desde Aragón, los Pirineos nos parecían el fin del mundo, como si al otro lado estuviera un mundo desconocido y hostil. Cuando Carlomagno creó precisamente allí la Marca Hispánica, es decir el Estado-frontera entre los descendientes del Imperio Romano y el Islam, en realidad estaba dando valor político a lo que desde siempre y hasta hace pocos años ha sido, de forma natural, una clara y fundamental demarcación geográfica y cultural.

El extremo occidental del Imperio Romano, Hispania, siempre vivió en la paradoja de su rápida y profunda romanización por un lado y de su lejanía del centro por otro, de su centralidad y a la vez de su marginalidad.

En la Península ibérica, la decadencia del Imperio, su fragmentación y las llamadas invasiones de los pueblos bárbaros, son seguidas por un acontecimiento de capital importancia: la conquista, el dominio político, económico y cultural de los pueblos islámicos que conviven y se funden con los cristianos romano-barbáricos a lo largo de ocho fundamentales siglos de la historia de Europa. Allí la vocación de esa península occidental que está dejando de llamarse Hispania, es la de ser, toda ella, frontera mestiza, una especie de amortiguador entre el mundo cristiano y el mundo musulmán. Esta vieja provincia romana y reino visigodo que guarda sus raíces cristianas y hace descubrir en ese momento el sepulcro del apóstol Santiago, es también ahora el Califato de Córdoba, cabeza del Islam en Occidente. Castilla y Aragón son Europa y a Europa miran, pero no son Europa. Incluso cuando, acabada la Reconquista, Aragón empieza una irresistible expansión en el Mediterráneo, y Castilla, gracias también a una estudiada política dinástica emprende la expansión por el norte de África y por el Atlántico (que culmina en el descubrimiento y conquista de un mundo que se llamará poco después América), es decir, incluso cuando España en poquísimo tiempo logra su unidad y acto seguido reúne bajo su corona un Imperio inconcebible en el que el catolicismo y por lo tanto la romanidad parece ser el fundamental aglutinante, incluso en ese momento sigue siendo una nacionalidad marginal en Europa. Será Carlos V Habsburgo, Emperador, el paladín de este renacido Sacro

Romano Imperio y no Carlos I, como lo llaman en España. Con su hijo Felipe II empieza la fragmentación, la decadencia y el asilamiento ya a todos los niveles.

Si España es Europa o no, si Europa necesita o no integrar en su cuerpo ese mundo marginal y fronterizo, tan exótico como Turquía o los pueblos del occidente caucásico, es el problema que debaten los mejores intelectuales españoles a lo largo de los siglos XVIII y XIX, hasta llegar a la llamada Generación del 98, en que políticos, ensayistas, poetas y filósofos llegan a teorizar la necesidad de españolizar Europa. El siglo XX es el siglo del total aislamiento de España. Tanto es así que, como un cuerpo extraño, queda totalmente al margen incluso de las dos grandes Guerras europeas.

Mientras tanto, en una pequeña isla del Mediterráneo, Ventotene, cuya única vocación parece ser la de tierra de destierro o exilio, junto a un penitenciario borbónico, nace una idea que puede cambiar Europa y el mundo. De la meditación de unos desterrados, Eugenio Colomi, Altiero Spinelli y Ernesto Rossi, los tres castigados por el régimen fascista, entre 1938 y 1941, nacen ideas generadoras de inmensas perspectivas, de grandes, impensables novedades. Esta idea se plasma en un *Manifiesto por una Europa libre y unida*.

El manifiesto político, artístico, literario era la proclamación pública, el pregón de un movimiento, pregón que precedía y anticipada el movimiento mismo. El Manifiesto de Spinelli y Rossi parte de una afirmación básica: el fundamento de nuestra sociedad moderna es que el hombre es libre, no mero instrumento de otros sino centro de vida propia, de por sí. A éste sigue una constatación histórica: los pueblos se han organizado, como si de seres humanos se tratara, de forma independiente, es decir cada pueblo como un Estado independiente, lo que significa que cada Estado tiene el derecho de perseguir su propio bienestar y su forma de vivir según su idiosincrasia; esta independencia, esta naturaleza casi personal ha sido un poderoso motor de progreso: intercambio de ideas y de hombres al servicio de la investigación y del trabajo, de la creación de nuevas, grandes realidades... pero de la misma forma este personalismo del Estado no controlado por la ética y la filantropía tiende al egoísmo y al atropello. Estos Estados, cuando se sienten con fuerzas suficientes, parecen llamados a un destino obligado de extensión de su territorio y de su poder, se consideran sociedades que tienen sentido en la medida en que sus ciudadanos viven para ellos, y crecen y crecen hasta el punto que parecen entes divinos a cuyos pies se inclinan todos los ciudadanos; como si los hombres tuvieran que vivir y sacrificarse por una nueva divinidad que necesita continuos sacrificios para seguir existiendo. Las fronteras de estos Estados, más que evitar el peligro de una invasión o un ataque de países vecinos, parecen estar pensadas como una invitación al conflicto.

Y esta personalización del Estado o de la Nación lleva también casi necesariamente a los deseos de expansión y a la invención de la necesidad de “espacio vital” que parece justificar el colonialismo y el imperialismo. Todo esto significa que el Estado moderno es necesariamente un Estado orientado a la guerra y a la conquista, y un dueño que usa a sus súbditos para este fin sin preocuparse de defender su libertad y su felicidad.

Hoy quizás lo que más impresiona a quien lee el Manifiesto de aquellos jóvenes antifascistas es la clarividencia del análisis de la historia política del siglo que estaba llegando a su mitad, clarividencia en el análisis de la compleja situación que Europa y el mundo estaban viviendo en ese momento y clarividencia profética en prever el futuro y en proponer lo que ellos consideraban como la única solución posible.

España vive su terrible Guerra Civil (1936-1939), nacida de un golpe militar apoyado por la Iglesia católica, la derecha filofascista, y las clases privilegiadas y tradicionalistas. No es una Guerra Europea sino española a pesar de la participación voluntaria de brigadas internacionales y la participación limitada de los dos totalitarismos, Alemania e Italia, en auge en ese momento mientras preparan la Segunda Guerra Mundial. La reflexión de Spinelli y Rossi va mucho más allá del momento que está viviendo Europa, más allá de totalitarismos, democracia, reformismo socialista, dictadura del proletariado: ahonda las raíces del pensamiento en los mecanismos del poder para reproducir sistemáticamente en la historia situaciones de privilegio tras las tragedias en que son las masas las que se sacrifican en el altar de la justicia y la igualdad: “las clases que antes eran privilegiadas en los viejos sistemas nacionales intentarán, solapadamente o con la violencia, atenuar la oleada de sentimientos y pasiones internacionalistas, y se dedicarán ostentadamente a reconstruir los viejos organismos estatales. Y es probable que dirigentes ingleses, quizás de acuerdo con los estadounidenses, intenten llevar las cosas en esa dirección, para retomar la política del equilibrio de los poderes, para buscar el aparente inmediato interés de sus imperios”.

Es evidente también, pero lo era menos en los años de la Guerra en que Altiero Spinelli y Ernesto Rossi redactan el Manifiesto, cómo las fuerzas democráticas en las revoluciones rusa, alemana y española son incapaces de sustituir el viejo aparato estatal con otro nuevo, realmente representativo, no dividido y en continua dependencia, y que tenga fuerza y capacidad de reconstruir (no sólo imaginar) un sistema social satisfactorio para las masas y para las otras clases sociales. El caos y el desorden que deriva de la anarquía (y aquí tal vez Spinelli se inspira en la situación española de aquellos años) llevarán de nuevo a instituciones políticas pre-totalitarias y la lucha de nuevo a las viejas contraposiciones de las clases sociales.

Un punto de profunda novedad en el Manifiesto es precisamente la tentativa de teorizar y formar un movimiento revolucionario que no se base en la división y lucha de clases; ésta viene considerada radicalmente como una lucha corporativa que desconoce los derechos de todos los componentes de la sociedad y que tiende a desequilibrar la sociedad y por lo tanto a llevarla de nuevo al punto crítico del dominio totalitario de las clases más fuertes económica y militarmente. Un movimiento revolucionario nuevo nacerá sólo de la cooperación de todas las fuerzas antitotalitarias. El enemigo, dicho claramente, serán las fuerzas reaccionarias que siempre han tendido y han logrado la restauración: “En ese momento tan grave sabrán presentarse bien camuflados, se proclamarán amantes de la libertad, de la paz, del bienestar general, de las clases más pobres. Ya en el pasado hemos visto cómo se han introducido en los movimientos populares y los han paralizado, desviado, convertido en su exacto contrario. Sin duda serán la fuerza más peligrosa con la que tendremos que ajustar cuentas”.

La restauración se apoyará en la restauración del Estado nacional. Con el federalismo europeo nace no sólo una realidad política y cultural contra las fronteras y por lo tanto que previene la Guerra, sino también una nueva forma en la que problemas tradicionales de difícilísima solución, como son la existencia de zonas en las que se mezclan históricamente pueblos distintos, minorías étnicas, culturales, religiosas, hallarían un *humus* diferente y por lo tanto posibles soluciones nuevas. También el viejo colonialismo encontraría una rápida solución.

En definitiva, la demarcación que separa reacción de progresismo será, según Spinelli, la superación de la idea de Estado nacional. Y si pensamos en España parece que Altiero Spinelli y Ernesto Rossi han tenido totalmente razón: la adopción de una constitución democrática y la entrada de España en Europa han ido de la mano y han hecho acceder al país a un tiempo de bienestar social antes impensable, pero sobre todo han permitido que España haya alcanzado una dignidad en Europa y que esa dignidad le sea reconocida por todos los otros pueblos europeos como nunca antes, y esto a pesar de las fuerzas reaccionarias nostálgicas del franquismo.

## Prefacio

Eugenio Colorni (Roma 1944)

Estos documentos han sido concebidos y escritos en la isla de Ventotene, en 1941 y 1942. En aquel ambiente excepcional, entre las redes de una disciplina rigidísima, a través de una información que, con mil astucias, intentaba ser lo más completa posible, en la tristeza de la inercia forzada y en el ansia de la liberación próxima, iba madurando en algunas mentes un proceso de reflexión sobre todos los problemas que habían constituido el motivo mismo de la acción cumplida y de la actitud hacia la lucha.

La lejanía de la vida política concreta permitía una mirada más despegada y aconsejaba que se reexaminasen las posiciones tradicionales, buscando los motivos de los fracasos pasados no tanto en errores técnicos de táctica parlamentaria o revolucionaria, o en una genérica "inmadurez" de la situación, cuanto en insuficiencias del planteamiento general y en el haber mantenido la lucha a lo largo de las acostumbradas líneas de fractura, con muy poca atención a lo nuevo que iba modificando la realidad.

Preparándose para combatir con eficiencia la gran batalla que se perfilaba para el futuro próximo, se sentía la necesidad no sólo de corregir los errores del pasado, sino de volver a enunciar los términos de los problemas políticos con la mente limpia de preconceptos doctrinarios o de los mitos de partido.

Fue así como se abrió camino en la mente de algunos la idea central de que la contradicción esencial, responsable de las crisis, de las guerras, de las miserias y de las explotaciones que afligen a nuestra sociedad, es la existencia de Estados soberanos distintos geográfica, económica, militarmente, y que consideran a los otros Estados como contrincantes y posibles enemigos, viviendo los unos respecto a los otros en una situación de perpetuo *bellum omnium contra omnes*.

Los motivos por los que esta idea, de por sí no nueva, aparecía bajo un aspecto de novedad en las condiciones y en la ocasión en que estaba siendo pensada, son varias:

1) Ante todo, la solución internacionalista, que aparece en el programa de todos los partidos progresistas, es considerada por ellos, en un cierto sentido, como una consecuencia necesaria y casi automática de que se empiezan a alcanzar fines que todos se proponen. Los demócratas consideran que la instauración, en el ámbito de cada uno de los países, del régimen que ellos propugnan, conduciría ciertamente a la formación de esa conciencia unitaria

que, superando las fronteras en el campo cultural y moral, constituiría la premisa que ellos consideran indispensable para una libre unión de pueblos, incluso en campo político y económico. Y los socialistas, a su vez, creen que la instauración de regímenes de dictadura del proletariado en los distintos Estados, llevaría de por sí a un Estado internacional colectivista.

Ahora bien, un análisis del concepto moderno de Estado y del conjunto de intereses y de sentimientos que con él están relacionados, muestra claramente que, aunque las analogías de régimen interno puedan facilitar las relaciones de amistad y de colaboración entre Estado y Estado, esto no significa que lleven automática ni progresivamente a la unificación mientras existan intereses y sentimientos colectivos ligados al mantenimiento de una unidad cerrada dentro de las fronteras. Sabemos por experiencia que sentimientos chovinistas e intereses proteccionistas pueden fácilmente llevar al choque y a la competencia también entre dos democracias; y no está claro que un Estado socialista rico tenga que aceptar necesariamente poner en común los propios recursos con otro Estado socialista mucho más pobre, por el simple hecho de que en éste esté vigente un régimen análogo al propio.

La abolición de las fronteras políticas y económicas entre Estado y Estado no deriva pues necesariamente de la instauración a la vez de un determinado régimen en cada uno de los Estados; es más bien un problema independiente que tiene que ser encarado con medios específicos para ello. No se puede ser socialistas, es verdad, sin ser a la vez internacionalistas; pero por un vínculo ideológico más que por una necesidad política y económica; y de la victoria socialista en distintos países no deriva necesariamente el Estado internacional.

2) Además, lo que empujaba a acentuar de forma autónoma la tesis federalista, era el hecho de que los partidos políticos existentes, ligados a un pasado de luchas combatidas en el ámbito de cada nación, estén acostumbrados, por costumbre y por tradición, a plantearse todos los problemas partiendo del presupuesto tácito de la existencia del Estado nacional, y a considerar los problemas del orden internacional como cuestiones de "política exterior", que hay que resolver mediante acciones diplomáticas y acuerdos entre los distintos gobiernos. Esta actitud es, en parte la causa y en parte la consecuencia de lo apenas dicho, por lo que, una vez agarradas las riendas del mando en el propio país, el acuerdo y la unión con regímenes semejantes en otros países es algo normal, sin necesidad de entablar una lucha política expresamente dedicada a ello.

En los autores de estos documentos, en cambio, se había arraigado la convicción de que quien quisiera proponerse el problema del orden internacional como el problema central de la época histórica actual, y considerara la solución de ello como la premisa necesaria para la solución de

todos los problemas institucionales, económicos, sociales que se imponen a nuestra sociedad, tenía necesariamente que considerar desde este punto de vista todas las cuestiones que se referían a los contrastes políticos internos y a la actitud de cada uno de los partidos, pensando también en la táctica y en la estrategia de la lucha de cada día. Todos los problemas, desde el de las libertades constitucionales al de la lucha de clase, desde el de la planificación al de la toma del poder y al uso del mismo, reciben una nueva luz si se plantean a partir de la premisa de que la primera mitad que hay que alcanzar es la de un orden unitario en el campo internacional. La misma maniobra política, el apoyarse en una o en otra fuerza en juego, el acentuar una u otra palabra de orden, asume aspectos muy diferentes según se considere como objetivo esencial la toma del poder y la actuación de determinadas reformas en el ámbito de cada uno de los Estados, o la creación de las premisas económicas, políticas, morales para la instauración de un ordenamiento federal que abrace todo el continente.

3) Otro motivo más - y quizás el más importante - estaba constituido por el hecho de que el ideal de una federación europea, preludio de una federación mundial, mientras podía parecer lejana utopía todavía hace unos años, se presenta hoy, al final de esta guerra, como una meta que se puede alcanzar y que está ya al alcance de la mano. Habiendo barajado este conflicto totalmente los pueblos en todos los países sometidos a la ocupación alemana, creado la necesidad de reconstruir sobre bases nuevas una economía destruida casi del todo, vuelto a poner encima de la mesa todos los problemas relativos a las fronteras políticas, las barreras arancelarias, las minorías étnicas, etc., pensando en el carácter mismo de esta guerra, en la que el elemento nacional ha sido tan a menudo superado por el elemento ideológico, en la que se han visto pequeños y medianos Estados que renunciaban a gran parte de su soberanía en favor de los Estados más fuertes, y en la que por parte de los mismos fascistas el concepto de «espacio vital» ha sido substituido por el de “independencia nacional”, en todos estos elementos tenemos que ver unos datos que hacen más actual que nunca, en este período después de la guerra, el problema del ordenamiento federal de Europa.

Fuerzas que provienen de todas las clases sociales, tanto por motivos económicos como por motivos ideales, pueden estar interesadas en ello. A este nuevo orden nos podremos acercar por medio de negociaciones diplomáticas y por medio de agitaciones populares; promoviendo entre las clases cultas el estudio de los problemas pertinentes y provocando situaciones revolucionarias de hecho, tras las cuales ya no sea posible volver atrás; influyendo en las esferas dirigentes de los Estados vencedores, y agitando en los Estados derrotados la

palabra de que sólo en una Europa libre y unida pueden hallar su salvación y evitar las desastrosas consecuencias de la derrota.

Precisamente por esto surgió nuestro Movimiento. Y es la preeminencia, la precedencia de este problema respecto a todos los que se imponen en la época en que estamos entrando; es la seguridad de que si volvemos a dejar cuajar la situación en los viejos moldes nacionalistas, la ocasión se habrá perdido para siempre, y ninguna paz ni bienestar duraderos podrá tener nuestro continente; todo esto nos ha empujado a crear una organización autónoma con el fin de propugnar la idea de la Federación Europea como meta que tenemos que realizar en la próxima posguerra.

No debemos descuidar las dificultades de todo esto y el poder de las fuerzas que trabajarán en sentido contrario; pero es la primera vez, creemos, que este problema se plantea claramente en la mesa de la lucha política, no como un lejano ideal sino como una imperiosa, trágica necesidad. Nuestro Movimiento, que vive ya desde hace unos dos años en la difícil vida clandestina bajo la opresión fascista y nazista, cuyos afiliados provienen de las filas de los militantes del antifascismo y están todos en la lucha armada por la libertad, que ya ha pagado un duro precio de cárcel por la causa común, nuestro Movimiento no es y no quiere ser un partido político. Tal y como se ha ido netamente caracterizando, quiere actuar en los distintos partidos políticos, dentro de ellos, no sólo para que la instancia internacionalista sea acentuada, sino también y sobre todo para que todos los problemas de la vida política sean planteados a partir de este nuevo punto de vista al que hasta ahora hemos estado tan poco acostumbrados.

No somos un partido político porque, aun promoviendo activamente todo tipo de estudio relativo al orden institucional, económico, social de la Federación Europea, y aun tomando parte activa en la lucha para su realización y preocupándonos de descubrir qué fuerzas podrán actuar en favor de ella en la futura coyuntura política, no queremos pronunciarnos oficialmente sobre aspectos concretos institucionales, sobre el mayor o menor grado de colectivización económica, sobre la mayor o menor descentralización administrativa, etc., etc., que tendrán que caracterizar el futuro organismo federal. Dejamos que dentro de nuestro movimiento estos problemas sean amplia y libremente discutidos, y que todas las tendencias políticas, desde la comunista a la liberal, sean representadas. De hecho nuestros afiliados militan casi todos en algún partido político progresista: todos están de acuerdo en propugnar los que son principios básicos de una libre Federación Europea, no basada en hegemonías de cualquier tipo, ni en ordenamientos totalitarios y dotada de esa solidez estructural que no la pueda reducir a una simple Sociedad de las Naciones. Tales principios se pueden resumir en los siguientes



puntos: ejército único federal, unidad monetaria, abolición de las barreras arancelarias y de las limitaciones a la emigración entre los Estados pertenecientes a la Federación, representación directa de los ciudadanos en los consejos federales, política exterior única.

En estos dos años de vida, nuestro Movimiento se ha difundido ampliamente entre los grupos y los partidos políticos antifascistas. Algunos de ellos nos han expresado públicamente su adhesión y su simpatía. Otros nos han llamado a colaborar con sus formulaciones programáticas. Tal vez no sea presuntuoso decir que en parte es mérito nuestro si los problemas de la Federación Europea son tratados tan a menudo en la prensa clandestina italiana. Nuestro periódico, «L'Unità Europea» sigue con atención los acontecimientos de la política interior e internacional, tomando posición frente a los mismos con absoluta independencia de juicio.

Estos documentos, fruto de la elaboración de ideas que ha dado lugar al nacimiento de nuestro Movimiento, no representan sin embargo más que la opinión de sus autores y no constituyen en absoluto una toma de posición del mismo Movimiento. Quieren ser sólo una propuesta de temas de discusión para los que quieran reflexionar sobre todos los problemas de la vida política internacional teniendo en cuenta las más recientes experiencias ideológicas y políticas, los resultados más recientes de la ciencia económica, las más sensatas y lógicas perspectivas para el porvenir. Seguirán pronto otros estudios. Hacemos votos por que puedan suscitar fermento de ideas; y que, en la actual atmósfera candente por la imperiosa necesidad de acción, aporten una contribución de clarificación que haga la acción cada vez más decidida, consciente y responsable.

El Movimiento italiano para la federación europea  
Roma, a 22 de enero de 1944

## **Para una Europa libre y unida. Proyecto de un Manifiesto**

Altiero Spinelli - Ernesto Rossi

### **I. La crisis de la civilización moderna**

La civilización moderna ha puesto como cimiento propio el principio de la libertad, según el cual el hombre no tiene que ser un puro instrumento de otro, sino autónomo centro de vida. Con este principio en la mano, se ha ido hilvanando un gran proceso histórico en todos los aspectos de la vida social que hasta ahora no lo respetaban.

1º) Se ha defendido para todas las naciones el mismo derecho a organizarse en Estados independientes. Cada uno de los pueblos, reconocido por sus características étnicas, geográficas, lingüísticas e históricas, tenía que encontrar en el organismo estatal por él creado, según su propia concepción de la vida política, el instrumento para satisfacer de la mejor forma sus necesidades, sin necesidad alguna de intervenciones externas. La ideología de la independencia nacional ha sido un poderoso fermento de progreso; ha tendido a superar los miserables provincialismos llevándonos a un sentido más amplio de solidaridad, en contra de la opresión de dominadores extranjeros; ha eliminado muchas de las trabas que obstaculizaban la circulación de los hombres y de las mercancías; ha conseguido extender por todo el territorio de cada nuevo Estado, para las poblaciones más retrasadas las instituciones y ordenamientos de las poblaciones más desarrolladas. Esta misma ideología, sin embargo, llevaba en sí misma el germen del imperialismo capitalista y nuestra generación lo ha visto crecer hasta la formación de los Estados totalitarios y el desencadenamiento de las guerras mundiales.

La Nación ya no es considerada ahora como el producto histórico de la convivencia de los hombres que, habiendo llegado a una mayor uniformidad de

costumbres y aspiraciones tras un largo proceso, encuentran en su Estado la forma más eficaz para organizar la vida colectiva en el marco de toda la sociedad humana; se ha convertido más bien en una entidad divina, un organismo que tiene que pensar sólo en la propia existencia y en su propio desarrollo, sin preocuparse en absoluto del daño que por su culpa otros puedan sufrir. La soberanía absoluta de los Estados nacionales ha llevado a la voluntad de dominio de cada uno de ellos, porque cada uno se siente amenazado por la potencia de los demás y considera su "espacio vital" formado por territorios cada vez más vastos que le permiten moverse libremente y asegurarse los medios de subsistencia, sin depender de otros. Esta voluntad de dominio no podría apaciguarse sino con la hegemonía del Estado más fuerte sobre todos los demás, sometidos.

Como consecuencia de lo que decimos, el Estado, en vez de ser el defensor de la libertad de los ciudadanos, se ha convertido en dueño de los súbditos, sometidos a su servicio, con las fuerzas para aumentar lo más posible la eficiencia bélica; las madres son consideradas paridoras de soldados y por lo tanto premiadas según los mismos criterios con los que son premiados en las exposiciones los animales más prolíficos; los niños son educados desde la más tierna infancia en el oficio de las armas y en el odio a los extranjeros, las libertades individuales se reducen del todo ya que todos son militarizados y constantemente llamados a prestar servicio militar; las continuas guerras los obligan a dejar la propia familia, el trabajo, los bienes y a sacrificar incluso la vida por objetivos cuyo valor realmente nadie entiende; en pocos días se destruyen los resultados de años y años de esfuerzos para aumentar el bienestar colectivo.

Los Estados totalitarios son los que han llevado a cabo de una forma más coherente la unificación de todas las fuerzas, consiguiendo la mayor centralización y autarquía y por eso mismo se han demostrado los organismos más apropiados para la actual situación internacional. Basta que una nación dé un paso adelante hacia un mayor totalitarismo, para que le sigan otras por el mismo surco de la voluntad de la supervivencia.

2º) Se ha sostenido el mismo derecho de todos los ciudadanos a la formación de la voluntad del Estado. Esta tenía que ser pues la síntesis de las cambiantes exigencias económicas e ideológicas de todas las categorías sociales que se expresaran libremente. Tal organización política habría permitido corregir o al menos atenuar muchas de las más evidentes injusticias heredadas de los regímenes anteriores. Pero la libertad de prensa y la de asociación, así como la progresiva extensión del sufragio, hacían cada vez más difícil la defensa de los viejos privilegios, si se quería mantener el sistema representativo.

Los pobres poco a poco aprendían a usar estos instrumentos para acometer los derechos conquistados por las clases acomodadas; los impuestos sociales sobre las rentas recibidas y sobre las sucesiones, las alícuotas progresivas sobre las mayores fortunas, la exención de las rentas mínimas y de los bienes de primera necesidad, la escuela pública gratuita, el aumento del gasto para la asistencia y la previdencia social, las reformas agrarias, el control de las fábricas son amenazas para las clases privilegiadas en sus baluartes fortificados.

Las mismas clases privilegiadas que habían aceptado la igualdad de derechos políticos, no podían aceptar que los desposeídos la usaran para intentar llevar a cabo esa igualdad de hecho que habría dado a tales derechos un contenido concreto de efectiva libertad. Cuando, tras la Primera Guerra Mundial, la amenaza se agravó, fue natural que esas mismas clases aplaudieran calurosamente y apoyaran la instauración de las dictaduras que arrancaban las armas de las leyes de manos de sus adversarios.

Por otro lado, la formación de enormes complejos industriales, bancarios y de sindicatos que reunían bajo una única dirección ejércitos de trabajadores, sindicatos y complejos que presionaban al gobierno para obtener políticas más apropiadas a sus intereses particulares, amenazaba con disolver el mismo Estado en muchos poderes económicos en dura lucha entre ellos. Las instituciones democrático-liberales, llegando a ser el instrumento que usan estos grupos para explotar toda la colectividad, perdían poco a poco su prestigio, y así se difundía la convicción de que sólo el Estado totalitario, al abolir las libertades del pueblo, podía resolver de alguna forma los conflictos de intereses que las instituciones políticas existentes ya no podían controlar.

En realidad, los regímenes totalitarios fundamentalmente han consolidado las posiciones alcanzadas por las distintas clases sociales y, con el control de la policía sobre la vida de los ciudadanos y la violenta eliminación de los disidentes, han impedido cualquier posibilidad legal de corregir la situación vigente. Así se aseguró la existencia de la clase totalmente parasitaria de los terratenientes ausentes de sus posesiones y de los rentistas que contribuyen a la producción social sólo cobrando los cupones que derivan de sus títulos; de los grupos monopolísticos y de las sociedades en cadena que explotan a los consumidores y que volatilizan el dinero de los ahorros de los pobres; de los plutócratas que, escondidos entre bastidores manejan los hilos de los políticos para manejar toda la máquina del Estado para su propia ventaja, haciendo como que se persiguen superiores intereses nacionales. Así se han conservado las colosales fortunas de unos pocos y la miseria de las grandes masas, excluidas del todo de la posibilidad de gozar de los frutos de la cultura moderna. Se ha salvado, en líneas generales, un régimen económico en el que

las reservas materiales y la fuerza del trabajo, que tendrían que estar orientadas a satisfacer las necesidades fundamentales para el desarrollo de las energías vitales del hombre, están dirigidas en cambio a satisfacer los deseos más fútiles de quienes pueden pagar los precios más altos, un régimen económico en que, por derecho de sucesión, el poder del dinero se perpetua en la misma clase convirtiéndose así en un privilegio sin relación alguna con el valor social de los servicios realmente prestados, y el campo de las posibilidades del proletario se reduce tanto que para vivir los trabajadores a menudo están obligados a dejarse explotar por quien les ofrece una posibilidad cualquiera de trabajo.

Para tener a la clase trabajadora inmovilizada y sometida, los sindicatos han sido transformados, de libres organismos de lucha dirigidos por individuos que gozaban de la confianza de los asociados, en órganos de vigilancia policial, bajo la dirección de empleados elegidos por el grupo de gobierno y que sólo a él tienen que responder. Si alguna corrección se hace en este régimen económico, es siempre dictada sólo por las exigencias del militarismo, exigencias que han confluído con las aspiraciones reaccionarias de las clases privilegiadas haciendo surgir y consolidar los Estados totalitarios.

3°) Contra el dogmatismo autoritario se ha afirmado el valor permanente del espíritu crítico. Todo lo que se afirmaba tenía que dar razón de sí mismo, o bien desaparecer. A la aplicación metódica de esta desaprensiva actitud se deben las mayores conquistas de nuestra sociedad en todos los campos. Pero esta libertad espiritual no ha resistido la crisis que ha hecho nacer los Estados totalitarios. Nuevos dogmas que hay que aceptar por fe, o aceptar hipócritamente, se están instalando en todas las ciencias, y adueñándose de ellas.

A pesar de que nadie sabe qué es una raza, y de que las más elementales nociones históricas demuestran lo absurdo de ese concepto, se exige a los fisiólogos que crean, demuestren y nos convenzan de que se pertenece a una raza elegida, y esto sólo porque el imperialismo necesita este mito para exaltar en las masas el odio y el orgullo. Los conceptos más evidentes de la ciencia económica tienen que ser considerados anatemas para presentar la política autárquica, los intercambios ponderados y los demás instrumentos viejos del mercantilismo, como extraordinarios descubrimientos de nuestro tiempo. A causa de la interdependencia económica de todas las partes del mundo, el espacio vital para todos los pueblos que quieran conservar el nivel de vida correspondientes a la civilización moderna es todo el globo; pero se ha creado la pseudociencia de la geopolítica que quiere demostrar la consistencia de la teoría de los espacios vitales para dar una apariencia teórica a la voluntad de atropello del imperialismo.

La historia, así, es falsificada en sus datos esenciales, al servicio del interés de la clase al poder. Las bibliotecas y las librerías son desinfectadas de todas las obras no consideradas ortodoxas. Las tinieblas del oscurantismo otra vez amenazan con ahogar el espíritu humano. La misma ética social de la libertad y de la igualdad es socavada. Los hombres, que construyen el Estado para conseguir mejor sus objetivos comunes, ya no son considerados ciudadanos libres. Son siervos del Estado que establece cuáles son sus fines y la voluntad del Estado es simplemente la voluntad de cuantos tienen el poder. Los hombres ya no son sujetos de derecho sino que, dispuestos jerárquicamente, tienen que obedecer sin discutir a las autoridades superiores que culminan en un jefe debidamente divinizado. El régimen de las castas renace prevaricador sus mismas cenizas.

Esta reaccionaria civilización totalitaria, tras haber triunfado en una serie de países, al final ha encontrado en la Alemania nazi la potencia que se ha considerado capaz de llegar a las últimas consecuencias. Tras una meticulosa preparación, aprovechándose con audacia y sin escrúpulos de las rivalidades, de los egoísmos, de la idiotez de otros, arrastrando con ella otros Estados vasallos europeos - el primero Italia - aliándose con Japón, que tiene los mismos objetivos en Asia, se ha lanzado a una acción de atropello. Su victoria significaría la definitiva consolidación del totalitarismo en el mundo. Todas sus características serían exasperadas al máximo, y las fuerzas progresistas condenadas por largo tiempo a una simple oposición negativa.

La tradicional arrogancia e intransigencia de los militares alemanes puede darnos una idea de qué tipo sería su dominio tras una guerra victoriosa. Los alemanes, tras su victoria, podrían incluso permitirse el lujo de aparecer generosos con los otros pueblos europeos, respetar formalmente sus territorios y sus instituciones políticas para gobernar y al mismo tiempo dar satisfacción al estúpido sentimiento patriótico que mira a los colores de los palos de las fronteras y a la nacionalidad de los hombres políticos más a la vista, en vez de la relación entre las fuerzas y el sentido real de los organismos del Estado. Aunque falseada de muchas maneras, la realidad sería siempre la misma: una nueva división de los hombres entre Espartanos e Ilotas.

Una posible solución de compromiso entre las partes enfrentadas significaría igualmente un nuevo paso hacia el totalitarismo, dado que todos los países que hubieran podido escapar del abrazo mortal de Alemania, estarían obligados a adoptar formas idénticas de organización política para prepararse adecuadamente a la reanudación de la guerra.

La Alemania de Hitler, si ha podido derribar uno tras otro los Estados menores, con su acción ha obligado a entrar en la lucha a fuerzas cada vez más poderosas. El denodado espíritu combativo de Gran Bretaña, incluso en el

momento más crítico cuando había quedado ella sola frente al enemigo, hizo que los alemanes fueran a chocar contra la infatigable resistencia del ejército soviético y todo esto le dio tiempo a Estados Unidos para empezar la movilización de sus inmensos recursos productivos. Y esta lucha contra el imperialismo alemán está íntimamente relacionada con la que el pueblo chino está conduciendo contra el imperialismo japonés.

Inmensas masas de hombres e inmensas riquezas se han alineado contra las potencias totalitarias; las fuerzas de estas potencias han alcanzado su punto culminante y ya no pueden más que consumirse progresivamente. Las contrarias, en cambio, ya han superado el momento de la máxima depresión, y están levantándose.

La guerra de los aliados despierta cada día más la voluntad de liberación, incluso en los países que se habían sometido a la violencia y se habían extraviado por el golpe recibido: y esa misma voluntad se despierta también incluso en los mismos pueblos de las potencias del Eje, que se dan cuenta que fueron arrastrados a una situación desesperada sólo para satisfacer el ansia de dominio de sus amos.

Se ha detenido el lento proceso gracias al cual enormes masas de hombres se dejaban modelar pasivamente por el nuevo régimen, se amoldaban a él y así contribuían a consolidarlo; y ha comenzado el proceso contrario. En esta inmensa oleada que se va levantando lentamente se encuentran todas las fuerzas progresistas, las partes más ilustradas de las clases trabajadoras que no se han dejado desanimar por el terror y por las lisonjas en sus aspiraciones a una forma de vida superior; los elementos más conscientes de las capas intelectuales, ofendidos por la degradación a que ha sido sometida la inteligencia; empresarios que, sintiéndose capaces de nuevas iniciativas, querrían liberarse del peso de la burocracia y de las autarquías nacionales que impiden su movimiento; finalmente, todos los que, por un sentido innato de dignidad, no saben doblar la espina dorsal a la humillación de la esclavitud.

A todas estas fuerzas se confía hoy la salvación de nuestra civilización.

## **II. Deberes para después de la guerra. La unidad europea**

La derrota de Alemania no llevaría de por sí a la reorganización de Europa según nuestra idea de civilización. En el breve e intenso período de crisis general (en que los Estados yacerán destruidos, las masas populares esperarán con ansia palabras nuevas y serán materia fundida, ardiente, susceptible de ser colada en formas nuevas, capaces de acoger el liderato de hombres seriamente internacionalistas) las clases que antes eran privilegiadas en los viejos sistemas nacionales intentarán, solapadamente o con la violencia, atenuar la oleada de

sentimientos y pasiones internacionalistas, y se dedicarán ostentadamente a reconstruir los viejos organismos estatales. Y es probable que dirigentes ingleses, quizás de acuerdo con los estadounidenses, intenten llevar las cosas en esa dirección, para retomar la política del equilibrio de los poderes, para buscar el aparente inmediato interés de sus imperios.

Las fuerzas conservadoras, es decir: los dirigentes de las instituciones fundamentales de los Estados nacionales; los cuadros superiores de las fuerzas armadas, hasta llegar, donde exista, a las monarquías; los grupos del capitalismo monopolista que han unido el destino de sus provechos al de los provechos de los Estados; los grandes terratenientes y las altas jerarquías de la Iglesia que pueden ver seguras sus entradas parasitarias en una estable sociedad conservadora; y tras ellos la multitud de los que de ellos dependen o los que simplemente son deslumbrados por su tradicional potencia; todas estas fuerzas reaccionarias desde ahora mismo sienten que el edificio cruje, e intentan salvarse. El derrumbamiento les privaría de pronto de todas las garantías que hasta hoy han disfrutado, y los expondría al asalto de las fuerzas progresistas.

#### LA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA: CORRIENTES VIEJAS Y NUEVAS

La caída de los regímenes totalitarios significará sentimentalmente para pueblos enteros la llegada de la "libertad"; desaparecerá todo freno y automáticamente reinarán muy amplias las libertades de palabra y de asociación. Será el triunfo de las tendencias democráticas. Éstas tienen innumerables matices que van desde un liberalismo muy conservador hasta el socialismo y la anarquía. Creen en la "generación espontánea" de los acontecimientos y de las instituciones, en la bondad absoluta de los impulsos que nacen desde abajo. No quieren forzar la mano a la "historia", al "pueblo", al "proletariado" y como otros llaman a su Dios. Esperan el fin de las dictaduras, imaginando ese momento como la devolución al pueblo de los imprescriptibles derechos de autodeterminación. El coronamiento de sus sueños es una asamblea constituyente, elegida por el más amplio sufragio y con el más escrupuloso respeto de los derechos de los electores, que decida qué constitución tiene que hacerse. Si el pueblo es inmaduro se dará una constitución mala; pero se podrá corregir sólo mediante una constante obra de convencimiento.

Los demócratas no rechazan por principio la violencia; pero quieren recurrir a ella sólo cuando la mayoría esté convencida de que es indispensable, es decir cuando es simplemente un superfluo punto que hay que poner sobre la "i"; por esto los demócratas son dirigentes adecuados sólo a las épocas de ordinaria administración, en las que un pueblo está fundamentalmente convencido de la bondad de sus instituciones fundamentales, que tienen que



ser retocadas simplemente en aspectos relativamente secundarios. En las épocas revolucionarias, en que las instituciones no tienen que ser administradas, sino creadas, la praxis demócrata fracasa de manera clamorosa. La penosa impotencia de los demócratas en la revolución rusa, alemana, española, son tres ejemplos de los más recientes. En esas situaciones, tras haber caído el viejo aparato del Estado con sus leyes y su administración, empiezan a pulular enseguida, con rasgos de la vieja legalidad, o despreciándola, una gran cantidad de asambleas y representaciones populares en que se encauzan y se mueven todas las fuerzas sociales progresistas. El pueblo tiene, es cierto, algunas necesidades fundamentales que satisfacer, pero no sabe con precisión qué tiene que querer y qué tiene que hacer. Sus oídos oyen miles de campanas. Con millones de cabezas no logra orientarse y se disgrega en muchas tendencias distintas, enfrentadas entre ellas.

En el momento en el que se nos pide la máxima decisión y la mayor audacia, los demócratas se sienten perdidos porque no tienen a sus espaldas un espontáneo consenso popular, sino sólo un turbio tumulto de pasiones. Creen que es su deber forjar ese consenso y se presentan como predicadores que exhortan, cuando en realidad lo que el pueblo necesita son jefes que los guíen sabiendo adónde tienen que ir. Pierden las ocasiones favorables de consolidar el nuevo régimen, intentando hacer funcionales enseguida órganos que en realidad necesitan una larga preparación y que funcionan en los tiempos de relativa tranquilidad; regalan a sus adversarios años que éstos usan para derrocarlos; en síntesis, representan, en sus mil tendencias, no tanto la voluntad de renovación, cuanto las confusas veleidades que reinan en sus cabezas y que, paralizándose unas a otras, preparan el terreno propicio para el desarrollo de la reacción. La metodología política demócrata será un peso muerto en la crisis revolucionaria.

Conforme los demócratas agotaran en sus logomaquias su primera popularidad de propugnadores de la libertad, faltando cualquier seria revolución política y social, se irían necesariamente reconstituyendo las instituciones políticas pretotalitarias, y la lucha volvería a desarrollarse según los viejos esquemas de la contraposición de las clases.

El principio según el cual la lucha de clases es el término al que se reducen todos los problemas políticos ha constituido la directiva fundamental, sobre todo de los obreros en las fábricas, y ha ayudado a dar consistencia a su política, mientras no se ponían en cuestión las instituciones fundamentales; pero se convierte en un instrumento de aislamiento del proletariado, cuando se impone la necesidad de transformar toda la organización de la sociedad. Los obreros, educados clásicamente, no saben ver entonces más que sus propias reivindicaciones de clase, o incluso de categoría, sin preocuparse de cómo

enlazarlas con los intereses de otras clases; o, también, aspiran a la unilateral dictadura de su clase, para llevar a cabo la utópica colectivización de todos los instrumentos materiales de producción, indicado por una larga propaganda como el remedio supremo de todos los males. Esta política no logra fraguar en ningún otro estrato que no sea el obrero; los obreros, así, privan a las otras fuerzas progresistas de su apoyo o las dejan en poder de la reacción que hábilmente las organiza para acabar con el mismo movimiento proletario.

Entre las distintas tendencias proletarias, secuaces de la política de clases y del ideal colectivista, los comunistas han reconocido la dificultad de que los sigan suficientes fuerzas como para vencer y por eso se han convertido - a diferencia de los otros partidos populares - en un movimiento rígidamente disciplinado que explota el mito ruso para organizar a los obreros, pero no acepta órdenes de ellos y los usa en las más disparatadas maniobras.

Esta actitud hace que los comunistas sean, en las crisis revolucionarias, más eficientes que los demócratas; pero dado que ellos separan lo más posible las clases obreras y las otras fuerzas revolucionarias, predicando que su "verdadera" revolución aún tiene que llegar- constituyen, en los momentos decisivos, un elemento sectario que debilita todo. Además, su total dependencia del Estado ruso, que los ha usado repetidamente para alcanzar objetivos de su política nacional, impide que ellos lleven a cabo política alguna con un mínimo de continuidad. Siempre tienen necesidad de esconderse tras un Karolyi, un Blum, un Negrín, para luego acabar derrotados con los títeres de democracia que ellos usan; y esto porque el poder se conquista y se mantiene no sólo con las tretas sino con la capacidad de responder orgánica y vitalmente a las necesidades de la sociedad moderna.

Si mañana la lucha quedara limitada al tradicional campo nacional, sería mucho más difícil liberarse de las viejas aporías. Los Estados nacionales ya han programado sus respectivas economías tan profundamente que la cuestión central sería muy pronto la de saber qué grupo de intereses económicos, es decir, qué clase tendría que tomar las riendas del plan. El frente de las fuerzas progresistas sería fácilmente triturado en la pelea entre las clases y categorías económicas. Muy probablemente serían los reaccionarios los que sacarían provecho.

Un auténtico movimiento revolucionario tendrá que surgir con los que han sabido criticar las viejas formulaciones políticas; tendrá que saber colaborar con las fuerzas democráticas, con los comunistas y, en general, con las que cooperen para la disgregación del totalitarismo; pero sin dejarse engañar por la praxis política de ninguna de ellas.

Las fuerzas reaccionarias tienen hombres y cuadros capaces de mandar, que lucharán con tesón para conservar su supremacía. En ese momento tan

grave sabrán presentarse bien camuflados, se proclamarán amantes de la libertad, de la paz, del bienestar general, de las clases más pobres. Ya en el pasado hemos visto cómo se han introducido en los movimientos populares y los han paralizado, desviado, convertido en su exacto contrario. Sin duda serán la fuerza más peligrosa con la que tendremos que ajustar cuentas.

El punto con el que ellas intentarán convencer será el de la restauración nacional. Así podrán arraigarse en el sentimiento popular más difundido, más ofendido por los recientes movimientos, más fácilmente utilizable con fines reaccionarios: el sentimiento patriótico. De tal manera también pueden esperar confundir más fácilmente las ideas de los adversarios, dado que para las masas populares la única experiencia política adquirida hasta hoy es la que se ha llevado a cabo en ámbito nacional, y por eso es bastante fácil encauzar esas masas y sus jefes más miopes al terreno de la reconstrucción de los Estados derribados por el vendaval.

Si se alcanzara este fin, la reacción habría vencido. Incluso estos Estados podrían ser aparentemente muy demócratas y socialistas; la vuelta del poder a las manos de los reaccionarios sería sólo cuestión de tiempo. Volverían a surgir de nuevo los celos nacionales y todos los Estados otra vez pondrían la satisfacción de sus necesidades sólo en la fuerza de las armas. Deber principal volvería a ser más o menos pronto el de convertir a los pueblos en ejércitos. Los generales volverían a mandar, los monopolistas a aprovecharse de la autarquía, los cuerpos burócratas se hincharían, los curas volverían a mantener dóciles las masas. Todas las conquistas del primer momento se reducirían a la nada frente a la necesidad de prepararse nuevamente para la guerra.

El problema que hay que resolver en primer lugar y que si fracasamos en él cualquier otro progreso es sólo pura apariencia, es la definitiva abolición de la división de Europa en Estados nacionales soberanos. El derrumbamiento de la mayor parte de los Estados del continente bajo la apisonadora alemana ya ha unido bajo la misma suerte a los pueblos europeos, que o todos juntos sucumbirán al dominio hitleriano o todos juntos entrarán, tras la caída de éste, en una crisis revolucionaria en la que no se encontrarán agarrotados y separados en sólidas estructuras estatales. Los espíritus están ya mucho mejor dispuestos que antes hacia una reorganización federal de Europa. La dura experiencia de los últimos decenios ha abierto los ojos a quien no quería ver, y ha hecho madurar muchas circunstancias favorables a nuestro ideal.

Todos los hombres razonables reconocen ya que no se puede mantener un equilibrio de Estados europeos independientes, conviviendo con la Alemania militarista en igualdad de condiciones que los otros países, ni se puede fragmentar Alemania y tenerla pisándole el cuello con el pie tras haberla derrotado. Tras la prueba ha aparecido evidente que ningún país de Europa

puede quedarse a un lado mientras los demás luchan, ya que a nada valen declaraciones de neutralidad y pactos de no-agresión. Se ha demostrado la inutilidad, mejor dicho, cuánto daño hacen los organismos del tipo de la Sociedad de las Naciones, que pretendían garantizar un derecho internacional sin una fuerza militar capaz de imponer sus decisiones y respetando la soberanía absoluta de los Estados participantes. Absurdo ha resultado el principio de no-intervención según el cual a todo pueblo se le debería dejar libre de darse el gobierno despótico que mejor le parezca, como si la constitución interior de cada Estado no constituyera un interés vital para todos los países europeos. Insolubles han llegado a ser los múltiples problemas que envenenan la vida internacional del continente - trazar las fronteras en las zonas de población mixta, defensa de las minorías alógenas, salida al mar de los países situados en el interior, cuestión de los Balcanes, cuestión irlandesa, etc. que encontraría en la Federación Europea la solución más sencilla - como la encontraron en el pasado los relativos problemas de los pequeños Estados que entraron a formar parte de la más amplia unidad nacional, y que perdieron su acrimonia al transformarse en problemas de relaciones entre distintas provincias.

Por otra parte, el fin del sentido de seguridad debido a la inatacabilidad de Gran Bretaña, que aconsejaba a los ingleses la "splendid isolation", la disolución del ejército y de la República Francesa misma tras el primer serio choque con las fuerzas alemanas (lo que esperamos haya amortiguado mucho la convicción chovinista de la absoluta superioridad francesa) y especialmente la conciencia de la gravedad del peligro corrido por una general esclavitud, son circunstancias, todas ellas que favorecerán la constitución de un régimen federal que ponga fin a la actual anarquía. Y el hecho de que Inglaterra haya aceptado ya el principio de la independencia de la India y Francia haya perdido potencialmente, al reconocer su derrota, todo su imperio, todo esto hace que sea más fácil hallar una base de acuerdo para un arreglo de Europa en las colonias.

A todo esto hay que añadir la desaparición de algunas de las principales dinastías, y la fragilidad de las bases que sostienen las que aún sobreviven. Hay que tener en cuenta que las dinastías, considerando los distintos países como propia prerrogativa tradicional, representaban, con los potentes intereses que apoyaban, un serio obstáculo a la organización racional de los Estados Unidos de Europa, los cuales tienen que apoyarse necesariamente en la constitución republicana de todos los países federales. Y cuando, yendo más allá del horizonte del Viejo Continente, se abracen en una visión de conjunto todos los pueblos que constituyen la humanidad, hay que reconocer que la Federación Europea es la única garantía concebible de que las relaciones con los pueblos asiáticos y americanos puedan desarrollarse sobre una base de pacífica

cooperación, en espera de un porvenir más lejano, en el que llegue a ser posible la unidad política de todo el globo.

La línea de separación entre partidos progresistas y partidos reaccionarios cae por lo tanto ya no a lo largo de la línea formal de la mayor o menor democracia, del mayor o menor socialismo que se desee instituir, sino a lo largo de la substancial y muy nueva línea que separa a los que conciben como fin esencial de la lucha el antiguo, es decir la conquista del poder político nacional - y que harán, aunque sea involuntariamente, el juego de las fuerzas reaccionarias dejando solidificar la lava incandescente de las pasiones populares en el viejo molde, y resurgir las viejas absurdidades - y los que verán como objetivo central la creación de un sólido estado internacional, que dirigirán hacia esta finalidad las fuerzas populares y, aun conquistando el poder nacional, lo usarán sobre todo como instrumento para realizar la unidad internacional.

Con la propaganda y con la acción, intentando establecer siempre acuerdos y relaciones entre los movimientos que en los distintos países se están ciertamente formando, es necesario desde este momento poner los cimientos de un movimiento que sepa movilizar todas las fuerzas para hacer nacer el nuevo organismo que será la creación más grandiosa y más innovadora surgida desde hace siglos en Europa; para constituir un estable Estado federal, que disponga de una fuerza armada europea en lugar de los ejércitos nacionales, rompa con decisión las autarquías económicas espina dorsal de los regímenes totalitarios, tenga los órganos y los medios suficientes para ejecutar en sus propios Estados federales sus deliberaciones dirigidas a mantener un orden común, aun dejando a los Estados mismos la autonomía que permita una dúctil articulación y el desarrollo de una vida política según las peculiares características de cada pueblo.

Si en los principales países europeos habrá un número suficiente de hombres que comprendan esto, la victoria la tendrán en las manos en poco tiempo, porque en esa situación los ánimos estarán a favor de su acción. Tendrán enfrente partidos y tendencias desacreditados por la desastrosa experiencia de los últimos veinte años. Dado que será el momento de obras nuevas, será también el momento de hombres nuevos: el MOVIMIENTO PARA UNA EUROPA LIBRE Y UNIDA.

### **III. Deberes para después de la Guerra. La reforma de la sociedad**

Una Europa libre y unida es la premisa necesaria de la potenciación de la civilización moderna, de la que la era totalitaria representa una interrupción. El fin de esta era hará volver a tomar inmediatamente y del todo el proceso

histórico contra la desigualdad y los privilegios sociales. Todas las viejas instituciones conservadoras que impedían su actuación habrán caído o estarán para caer; y esta crisis de ellas tendrá que ser aprovechada con valor y decisión.

La revolución europea, para responder a nuestras exigencias, tendrá que ser socialista, es decir tendrá que proponerse la emancipación de las clases de los trabajadores y realizar para ellos condiciones de vida más humanas. La brújula que tiene que orientarnos hacia las disposiciones que deberemos tomar en tal dirección no puede ser el principio puramente doctrinario según el cual la propiedad privada de los medios de producción tiene que ser en principio abolida o tolerada sólo provisionalmente, cuando no pueda evitarse. La estatalización general de la economía ha sido la primera forma utópica en que las clases obreras han representado su liberación del yugo capitalista; pero, una vez realizada plenamente no conduce al fin soñado sino a la constitución de un régimen en el que toda la población está sometida a la reducida clase de los burócratas que dirigen la economía. El principio verdaderamente fundamental del socialismo, del cual el principio de la colectivización general no ha sido más que una precipitada y equivocada deducción, es el que defiende que las fuerzas económicas no tienen que dominar a los hombres, sino que - como sucede con las fuerzas naturales - ser por ellos sometidas, guiadas, controladas de la manera más racional posible, para que las grandes masas no sean víctimas de ellas. Las gigantescas fuerzas del progreso que brotan del interés individual, no deben dejarse morir en el pantano muerto de la práctica rutinaria, para encontrarse más tarde ante el problema sin solución de tener que resucitar el espíritu de iniciativa con la diferenciación de los sueldos y con otras medidas de este tipo; esas fuerzas, al contrario, han de ser exaltadas y extendidas, ofreciéndoles una mayor oportunidad de desarrollo y de empleo y al mismo tiempo han de ser consolidados y perfeccionados los terraplenes que las encauzan hacia los objetivos de mayor provecho para toda la colectividad.

La propiedad privada tiene que ser abolida, limitada, corregida, extendida caso por caso, no dogmáticamente en principio. Esta directiva encuentra su lugar con naturalidad en el proceso de formación de una vida económica europea liberada de las pesadillas del militarismo o del burocratismo nacional. La solución racional tiene que tomar el lugar de la más irracional, incluso en la conciencia de los trabajadores. Queriendo indicar de manera más detallada el contenido de esta directiva, y percibiendo que la conveniencia y las modalidades de todos los puntos programáticos tendrán que ser juzgadas siempre en relación con el presupuesto, ya indispensable, de la unidad europea, ponemos de relieve los siguientes puntos:

a) No se pueden seguir dejando a los privados las empresas que, desarrollando una actividad necesariamente monopolística, están en

condiciones de explotar la masa de los consumidores; por ejemplo las industria eléctricas, las empresas que se quieren mantener en vida por razones de interés colectivo pero que, para sostenerse, necesitan aranceles protectivos, subsidios, disposiciones de favor, etc. (el ejemplo más evidente de este tipo de industria es hasta hoy en Italia la industria siderúrgica); y las empresas que por la grandeza de los capitales invertidos y el número de los obreros empleados, o por la importancia del sector que dominan, pueden tener bajo chantaje a los órganos del Estado, imponiendo la política más ventajosa para ellos (por ejemplo, industrias mineras, grandes sociedades bancarias, grandes industrias de armas). Este es el campo en el que habrá que proceder sin duda a nacionalizar en gran escala, sin consideración alguna hacia los derechos adquiridos.

b) Las características que han tenido en el pasado el derecho de propiedad y el derecho de sucesión han permitido acumular en las manos de pocos privilegiados riquezas que convendrá distribuir durante una crisis revolucionaria con sentido igualitario, para eliminar las capas parasitarias y para dar a los trabajadores los instrumentos de producción que necesitan, para así mejorar las condiciones económicas y hacerles alcanzar una mayor independencia de vida. Pensamos por ejemplo en una reforma agraria que, pasando la tierra a quien la cultiva, aumente enormemente el número de los propietarios, y en una reforma industrial que extienda la propiedad de los trabajadores en los sectores no estatalizados, con gestiones cooperativas, con el accionariado obrero, etc.

c) Los jóvenes deben ser ayudados con las disposiciones necesarias para reducir lo más posible las distancias entre las posiciones de salida en la lucha por la vida. Especialmente la escuela pública tendrá que dar la posibilidad real de proseguir los estudios hasta los grados superiores a los más idóneos, y no a los más ricos; y tendrá que preparar en todo ramo de estudios, para la preparación a los distintos oficios y las distintas actividades liberales y científicas, un número de individuos correspondiente a la demanda del mercado, de forma que las remuneraciones medias sean más o menos iguales para todas las categorías profesionales, cualesquiera sean las divergencias entre las remuneraciones dentro de cada categoría, según las distintas capacidades individuales.

d) La potencialidad casi sin límites de la producción en masa de los géneros de primera necesidad, con la técnica moderna, permite ya asegurar a todos, con un coste social relativamente bajo, la comida, el alojamiento y la ropa con las características mínimas necesarias para conservar el sentido de la dignidad humana. La solidaridad humana hacia los que son derrotados en la lucha económica, no deberá, pues, manifestarse con las formas de caridad que son siempre humillantes y que producen los mismos males que intenta curar,

sino que con una serie de ayudas que se garanticen de forma incondicional a todos, puedan o no puedan trabajar, un tenor de vida decente, sin reducir el estímulo al trabajo y al ahorro. Así nadie estará obligado por la miseria a aceptar contratos de trabajo vejatorios.

e) La liberación de las clases trabajadoras puede tener lugar sólo realizando las condiciones indicadas en los puntos anteriores: no dejándolas en manos de la política económica de los sindicatos monopolísticos, que pasan simplemente al campo obrero los métodos atropelladores característicos sobre todo del gran capital. Los trabajadores tienen que volver a ser libres de elegir los fiduciarios para tratar colectivamente las condiciones a las que van a prestar su obra, y el Estado tendrá que dar los medios jurídicos para garantizar la observación de los pactos alcanzados; todas las tendencias monopolísticas tendrán que ser eficazmente contrastadas, una vez se hayan realizado esas transformaciones sociales.

Estos son los cambios necesarios para crear alrededor del nuevo orden un estrato muy amplio de ciudadanos interesados en su mantenimiento, y para dar a la vida política una consolidada marca de libertad, impregnada por un fuerte sentido de solidaridad social. Sobre estas bases, las libertades políticas, podrán tener de verdad un contenido concreto, y no sólo formal, para todos, ya que la masa de los ciudadanos tendrá una independencia y un conocimiento suficiente para ejercitar un continuo y eficaz control sobre la clase de gobierno.

Sobre las instituciones constitucionales sería superfluo que nos detuviéramos, porque no pudiendo prever las condiciones en que tendrán que surgir y actuar, no haríamos más que repetir lo que todos ya saben sobre la necesidad de órganos representativos, sobre la formación de las leyes, sobre la independencia de la justicia que sustituirá la actual para la aplicación imparcial de las leyes emanadas sobre la libertad de prensa y de asociación para iluminar a la opinión pública y dar a todos los ciudadanos la posibilidad de participar efectivamente a la vida del Estado. Sólo sobre dos cuestiones es necesario precisar mejor las ideas, por su especial importancia en este momento en nuestro país: sobre la relación entre el Estado y la Iglesia y sobre el carácter de la representación política:

a) El concordato con el que en Italia el Vaticano ha concluido la alianza con el fascismo tendrá que ser abolido sin duda alguna para afirmar el carácter puramente laico del Estado y para fijar de manera clara la supremacía del Estado en la vida civil. Todas las festividades religiosas tendrán que ser respetadas de la misma forma, pero el Estado no tendrá que tener más un balance de los cultos.

b) La choza de cartón piedra que el fascismo ha constituido con el ordenamiento corporativo caerá hecho añicos junto con las otras partes del



Estado totalitario. Hay quien cree que de esta chatarra mañana se podrá sacar el material para el nuevo orden constitucional. Nosotros creemos que no. En los Estados totalitarios las cámaras corporativas son la mofa que corona el control policial sobre los trabajadores. Pero si las cámaras corporativas fueran la sincera expresión de las distintas categorías de productores, los órganos de representación de las distintas categorías profesionales no podrían ser nunca calificadas para tratar cuestiones de política general, y en las cuestiones más propiamente económicas serían órganos de atropello de las categorías sindicalmente más poderosas. A los sindicatos tocarán amplias funciones de colaboración con los órganos estatales encargados de resolver los problemas que más directamente les atañen, pero hay que excluir de todos modos que a ellos se encargue alguna función legislativa, porque a ello seguiría una anarquía feudal en la vida económica, que nos llevaría a un nuevo despotismo político. Muchos que se han dejado convencer ingenuamente por el mito del corporativismo, podrán y tendrán que ser atraídos a la obra de renovación; pero tendrán que darse cuenta de lo absurda que es la solución por ellos tan confusamente soñada. El corporativismo no puede tener una vida concreta más que en la forma alcanzada en los Estados totalitarios, para someter a los trabajadores bajo funcionarios que les controlen cualquier gesto, en el interés de la clase dominante.

El partido revolucionario no puede ser torpemente improvisado en el momento decisivo, sino que desde ahora tiene que empezar a formarse al menos en su actitud política central, en sus cuadros generales y en las primeras directivas de acción. No tiene que representar una masa heterogénea de tendencias, reunidas sólo negativa y transitoriamente, es decir por su pasado antifascista y a la simple espera de la caída del régimen totalitario, listas para dispersarse cada una por su camino una vez alcanzada esa meta. El partido revolucionario en cambio sabe que sólo en ese momento empezará de verdad su obra; y precisamente por eso tiene que ser constituido por hombres que estén de acuerdo sobre los principales problemas del futuro.

Tiene que penetrar con su propaganda metódica dondequiera que haya oprimidos del actual régimen, y, tomando como punto de partida el problema que en cada momento se sienta como el más doloroso por las personas y las clases, mostrar cómo ese problema está en relación con los otros problemas, y cuál puede ser la auténtica solución. Pero de la esfera que poco a poco irá creciendo entre sus simpatizantes tiene que sacar y reclutar para la organización del movimiento sólo aquellos que hayan hecho de la revolución europea la razón principal de su vida; que disciplinadamente realicen día tras día el necesario trabajo, provean cuidadosamente la seguridad continua y eficaz del

mismo, incluso en las situaciones de la más dura ilegalidad, y constituyan así la sólida red que da consistencia a la más lábil esfera de los simpatizantes.

Aun no descuidando ninguna ocasión y ningún campo para sembrar su palabra, tiene que dirigir su acción en primer lugar a esos ambientes que son más importantes como centro de difusión de ideas y como centro de reclutamiento de hombres combativos; sobre todo hacia los dos grupos sociales más sensibles en la situación actual, y decisivos en la de mañana, es decir la clase obrera y las capas intelectuales. La primera es la que menos se sometió a la autoridad totalitaria y la que estará más dispuesta a reorganizar sus propias filas. Los intelectuales, especialmente los más jóvenes, son los que espiritualmente se sienten más ahogados y disgustados por el dominante despotismo. Poco a poco otras capas serán inevitablemente atraídas al movimiento general.

Cualquier movimiento fracase en la tarea de alianza de estas fuerzas está condenado a la esterilidad; si es un movimiento sólo de intelectuales, estará privado de la fuerza de la masa necesaria para arrollar las resistencias reaccionarias, será difidente y difidado hacia y por la clase obrera; y aunque esté animado por sentimientos democráticos, estaría inclinado a resbalar, frente a las dificultades, en el terreno de la movilización de todas las otras clases contra los obreros, es decir, hacia una restauración fascista. Si se apoya sólo sobre el proletariado, estará privado de la claridad de pensamiento que puede derivar de los intelectuales y que es necesaria para distinguir bien las nuevas tareas y los nuevos caminos: será prisionero del viejo clasismo, verá enemigos por todas partes y resbalará hacia la doctrinaria solución comunista.

Durante la crisis revolucionaria, le toca a este movimiento organizar y dirigir las fuerzas progresistas, utilizando todos los órganos populares que se formen espontáneamente como crisoles ardientes en los que van a mezclarse las masas revolucionarias, no para emitir plebiscitos, sino en espera de ser guiadas. Este movimiento toma la visión y la seguridad de lo que hay que hacer no de una preventiva consagración por parte de la voluntad popular, todavía inexistente, sino de la conciencia de representar las exigencias profundas de la sociedad moderna. De esa forma da las primeras directivas del nuevo orden, la primera disciplina social a las masas informes. A través de esta dictadura del partido revolucionario se forma el nuevo Estado y a su alrededor la nueva auténtica democracia.

No se puede temer que tal régimen revolucionario llegue necesariamente a un nuevo despotismo. Llegará a él si ha ido modelando un tipo de sociedad servil. Pero si el partido revolucionario va creando con pulso firme, desde sus primeros pasos, las condiciones para una vida libre, en la que todos los ciudadanos pueden participar realmente en la vida del Estado, su evolución

será, aunque sea pasando eventualmente por secundarias crisis políticas, siguiendo el sentido de una progresiva comprensión y aceptación por parte de todos del nuevo orden, y por eso en el sentido de una creciente posibilidad de funcionamiento, de instituciones políticas libres. Hoy es el momento en el que hay que saber tirar los viejos lastres que han ido aumentando su estorbo, y mantenerse listos para lo nuevo que llega, tan diferente de todo lo que se había imaginado, descartar a los ineptos entre los viejos y suscitar nuevas energías entre los jóvenes. Hoy se buscan y se encuentran, empezando a tejer la trama del futuro, a los que han divisado los motivos de la actual crisis europea, y por eso recogen la herencia de todos los movimientos de elevación de la humanidad, naufragados por incomprensión del fin que había que alcanzar o de los medios para alcanzarlo.

El camino que hemos de recorrer no es fácil, ni seguro. ¡Pero tenemos que recorrerlo, y lo recorreremos!